

Pedagogías de lo femenino e imaginación del pasado en *La niña blanca y los*

***pájaros sin pies* de Rosario Aguilar**

Imara Bemfica Mineiro¹
Universidade Federal de Pernambuco

Pedagogies of the Feminine and the Imagination of the Past in *La niña blanca y los*

***pájaros sin pies* by Rosario Aguilar**

Resumen

El artículo analiza la constelación de voces articuladas en la novela *La niña blanca y los pájaros sin pies* (1992), de Rosario Aguilar, articulando las categorías de género e interhistoricidad. Se examina cómo la narrativa cuestiona los discursos tradicionales que han obliterado a las mujeres como agentes históricos. A través de la incorporación de voces y perspectivas imaginadas, Aguilar propone una pedagogía de lo femenino que desestabiliza las jerarquías y reconfigura el papel de la mujer no como objeto pasivo del discurso histórico, sino como sujeto que produce conocimiento y memoria. Así, la novela se erige como un espacio narrativo de reapropiación de la voz femenina frente a los discursos sobre el pasado, sobre las relaciones interhistóricas del contacto, fomentando la imaginación sobre posibilidades no realizadas del pasado y del futuro.

Palabras clave

Rosario Aguilar; género; interhistoricidad; pedagogía de lo femenino; memoria; literatura centroamericana

Abstract

This article analyzes the constellation of voices articulated in *La niña blanca y los pájaros sin pies* (1992) by Rosario Aguilar, intertwining the categories of gender and interhistoricity. The study examines how the narrative challenges traditional discourses that have obliterated women as historical agents. Through the incorporation of imagined voices and perspectives, Aguilar proposes a pedagogy of the feminine that destabilizes established hierarchies and reconfigures the role of women not as passive objects of historical discourse, but as subjects who generate knowledge and memory. In this sense, the novel functions as a narrative space for the reappropriation of the feminine voice in dialogue with discourses about the past and the interhistorical relations of contact. By doing so, it fosters an imaginative engagement with unrealized possibilities of both past

¹ Profesora del Programa de Posgrado en Letras de la Universidad Federal de Pernambuco, Brasil. Investiga las relaciones entre Historia y Literatura en narrativas contemporáneas latinoamericanas y africanas. Integra el grupo de investigación SUTRA – Subalternidades, Transculturalidades y Perspectivas Decoloniales. Contacto: imara.mineiro@ufpe.br

and future, opening a reflective space on history, memory, and gendered subjectivity in Central American literature.

Keywords

Rosario Aguilar; gender; interhistoricity; pedagogy of the feminine; memory; Central American literature.

Encarar el futuro con nuevas formas de ver el pasado

En el sentido de reconocer la dimensión de la historicidad como una característica de todos los pueblos, Rita Segato (2011) reclama el uso del término “interhistoricidad” para referirse a los contactos, choques, tensiones y relaciones entre comunidades de diferentes registros culturales y, por lo tanto, diferentes temporalidades y dinámicas históricas. A partir de esa perspectiva, evocamos la noción para abordar la novela de Rosario Aguilar, la cual, como se pretende demostrar, al proponer una visita al pasado de la Conquista y de los años iniciales de la colonización de Centroamérica, a través de miradas femeninas aborda el contacto entre conquistadores y habitantes del continente sin dejar de insertar a ambos en una superficie histórica.

Conforme se discutirá, *La niña blanca y los pájaros sin pies* realiza una de las operaciones cruciales de la “devolución histórica” planteada por Segato: reanudar “el trazado de las figuras interrumpidas, tejiéndolas hasta el presente de la urdimbre, proyectándolas hacia el futuro” (Segato, 2011, p. 25). Así pues, desde el presente de la novela, una joven y contemporánea periodista asume el papel de autora de la trama. A partir de su lugar y tiempo, la convulsionada Nicaragua de 1990, lanza luces sobre el pasado de la Conquista y sobre mujeres de diferentes orígenes que se encontraron en ese momento seminal de la formación nacional de Nicaragua, de la región centroamericana, de América Latina y de la propia modernidad. De ese modo, la novela visibiliza la presencia de las mujeres en el evento fundacional de la Conquista y el hecho de que los

pueblos involucrados e impactados por ese proceso hubiesen estado todos inmersos en historias propias y distintas entre sí. Con tal gesto, articula pasado y presente, con lo cual surgen nuevas perspectivas para simbolizar las experiencias pretéritas y, consecuentemente, ampliar el abanico de posibilidades para imaginar y proyectar el futuro, necesidad que se hace apremiante en el contexto de escritura de la novela.

Publicada en el quinto centenario de la llegada de los ibéricos a esta parte del globo, mismo año en que Rigoberta Menchú fue galardonada con el Nobel de la Paz, *La niña blanca y los pájaros sin pies* (1992) suele ser identificada, junto a *Asalto al paraíso* de Tatiana Lobo (1992), en el marco inaugural de una importante producción de novelas históricas en Centroamérica que caracteriza los años finales del siglo XX y primeros del XXI. En el llamado período de transición, Centroamérica presenció la proliferación de narrativas literarias de manera general y de narrativas históricas de manera específica. En ese contexto, como atestan Valeria Grimberg y Werner Mackenbach, la novela histórica asumió la función de tornar “narrable y visible” (2018, p. 354) otra historia, por lo que se colabora para la constitución de una cultura de la memoria. Con eso, como muestran los mismos autores, el género cumplió con la función social y política de imaginar la sociedad y la región más allá de las experiencias autoritarias y de los conflictos armados que marcaron las décadas anteriores, en una relación donde la narrativa se nutre de registros históricos y, a la vez, retroalimenta la producción historiográfica.

Uno de los rasgos que caracteriza el florecimiento literario de ese período es la mirada hacia el pasado a partir de nuevas claves de lectura, lanzando luz sobre eventos y personajes sociales hasta entonces poco evidenciados por la historiografía. Eso es lo que ocurre en la novela de Rosario Aguilar, en la cual opera un cambio en la perspectiva sobre los primeros años de colonización. Al evocar un conjunto de voces femeninas de diferentes orígenes culturales, *La niña blanca y los pájaros sin pies* nos invita a visitar

ese momento a partir de sensibilidades y protagonismos que lo resignifican no solamente a través del recorte de género, sino también por medio de la representación de relaciones interhistóricas y de las reflexiones que dichas relaciones provocan en las protagonistas.

En una entrevista a Consuelo Meza, Rosario Aguilar cuenta que la idea de su novela nace a partir del silencio que atesta en el contacto con el Archivo General de Indias referente a la Audiencia Guatemala, en Sevilla.

Van y vuelven las cartas, y son más importantes los caballos, los barcos y todo, las mujeres nunca. Entonces me empecé a buscarlas y leer todos los cronistas sobre Centroamérica [...]. Cuando encontraba el nombre de una mujer, me detenía y lo anotaba. Leí a los cronistas indígenas también y lo mismo me pasó, entonces me dije: ‘tengo que dar voz a estas mujeres que las silenciaron durante cinco siglos’; así lo hice (Meza, 2009, p. 203).

Queda claro, entonces, el enfoque de género referido por la intención de “dar voz” a las mujeres silenciadas en los últimos quinientos años como origen de *La niña blanca y los pájaros sin pies*. Sin embargo, la perspectiva femenina de la autora provoca también un cambio en la manera de percibir los desplazamientos culturales y las relaciones entre diferentes comunidades humanas que se encontraron a partir de 1492. Para mostrarlo, haremos un repaso por la constelación de voces que componen el panorama de la narrativa. Se emplea el término “constelación”, pues las relaciones entre las protagonistas no son el eje de la trama, aunque se relacionan de diversas maneras entre sí y a veces sus relatos establecen puntos de conexiones.

Percepciones de la interhistoricidad por mujeres del presente y del pasado

“Con mis ojos quería traspasar el tiempo, lo ignoto. Con mis oídos escuchar antiguas voces de seres humanos, que como nosotros, habían recorrido aquellas mismas calles enfrentando el futuro que ahora era pasado” (Aguilar, 1992, pp. 9-10). En las ruinas de León Viejo, la joven periodista nicaragüense del siglo XX, cuyo nombre no llegamos a conocer, se imaginaba lo que había sucedido en aquel lugar siglos antes y tomaba notas. Notas que darían origen a una novela que, a lo largo del relato, escribe sobre las mujeres que participaron en el período de la Conquista. En su presente como autora de un relato histórico, ella misma se encuentra inmersa en la experiencia de una relación intercultural: la acompañaba a las ruinas un periodista español, “cronista de este siglo”, que visitaba Nicaragua para cubrir el decisivo pleito presidencial de 1990.

Ella relataba lo que se imaginaba que había sucedido en aquel lugar cinco siglos atrás y se veía en una situación análoga a la de sus personajes: “Mi acompañante estaba impresionado... El tono de su voz, su acento... Sus frases rebuscadas. Todo me llevó a intuir lo que habían sentido mis protagonistas cuando se dio la colisión entre dos mundos ajenos, distantes, totalmente extraños” (Aguilar, 1992, p. 12). Es en torno a esa colisión de mundos y de diferentes historicidades que se organiza la trama novelística de Rosario Aguilar y los relatos presentados por el personaje de la joven periodista.

A través de esa intersección narrativa, conocemos la historia de la periodista que bucea en el pasado, mientras vive una aventura amorosa con su homólogo español. Los viajes que hace durante esa relación amorosa muestran los lugares en los cuales se sitúan los relatos de las mujeres que protagonizan su novela: Nicaragua, México, Guatemala y España. Al llegar a la Península, la periodista reflexiona: “Me enfrento por primera vez al viejo mundo [...]. Este que voy a pisar es lo que se consideraba en 1492 ‘el mundo’!” (Aguilar, 1992, pp. 126-127). De esa forma, expresa la relatividad histórica y

epistemológica de las nociones “mundo”, “viejo mundo” y “nuevo mundo”, lo cual orienta la elaboración de la novela que escribe.

Al igual que la autora del libro, el personaje de la periodista visita los archivos de Sevilla: “salida y entrada... de la conquista... por donde pasó todo, se contabilizó hasta la más pequeña candela de cebo o aguja llevada al nuevo mundo, y el más pequeño dije de oro traído de allá a la Península... Y se archivó cada pequeño papel que iba o venía” (Aguilar, 1992, p. 127). Así pues, para construir la narrativa, hace referencia a algunos documentos y cartas ahí guardados, en los cuales Rosario Aguilar no encontró ninguna mención a las mujeres, pese a la abundancia de minuciosos registros, como afirmó en la entrevista a Consuelo Meza anteriormente mencionada. Al zurcir sus novelas históricas, autora y personaje evocan y transcriben documentos, principalmente correspondencias y crónicas coloniales, jugando así con la racionalidad ficcional que tanto la historia como la literatura comparten (Rancière, 2005). Insertan sus narrativas en el linde discursivo que invita al lector a la imaginación literaria y, a la vez, le provoca a la imaginación histórica.

Organizado en seis capítulos, el relato dedica cada uno de ellos a una de sus protagonistas, mujeres cuyas vidas, expectativas, sentimientos y lecturas de mundo se presentan en la novela. De tanto en tanto, leemos intermedios en los cuales acompañamos el contexto de su escritura a través de acontecimientos y viajes que mueven a la periodista escritora y que develan que lidiamos con una novela sobre la composición de otra novela.

En dichos intermedios aparecen imágenes que emergen de la relación de la periodista con el español que la acompaña y que señalan el cruce entre los lentes que utilizan los personajes para observar las diferencias. Ella inicialmente tiene una mirada de subordinación hacia él: “Él tenía mucho que enseñarme. Había nacido en Barcelona, estudiado en Madrid. Me trataba como a un colega [...] a pesar de haber egresado yo de una escuela de periodismo pobre y sin pretensiones” (Aguilar, 1992, p. 43). Patentes

quedan, en ese pasaje, los entramados de lo que Quijano (2005) nombró como las colonialidades del poder y del saber. Él tenía mucho que enseñarle, por una cuestión geopolítica, sobre lugares que ya de por sí se observan cargados de una superioridad implícita: nació en Barcelona y estudió en Madrid.

Conforme avanzan los acontecimientos, la periodista cambia de postura y, principalmente después de su viaje a España, afirma la conciencia de su lugar en el mundo. El viaje a la Península, clave en la construcción de la novela, posibilita una mirada exteriorizada hacia América y especialmente hacia Centroamérica y Nicaragua. Eso le permite atender a lo que es característico y precioso de su lugar de origen. A la vez, la experiencia de estar en España resignifica y desmitifica la fantasía de dicha superioridad implícita con relación a lo que se llamó “Nuevo Mundo”.

En esos mismos intermedios leemos acerca de la visión del periodista español sobre lo que encuentra en Nicaragua, México y Guatemala: “Me decía que a pesar de cinco siglos pasados de la conquista, todo había permanecido intacto, en las facciones, los gestos, el color de la piel” (Aguilar, 1992, p. 46). Para los ojos del amante ibérico, las culturas de los lugares que visitaban habían quedado intactas. Dicha mirada encarna la perspectiva de deshistorización señalada por autores como Said (2007) y Segato (2011).

La trampa de esa perspectiva es que, al sustraer comunidades culturales del suelo histórico, con lo cual se invisibiliza la agencia de transformación, se sustrae también su aporte a la constitución del horizonte de posibilidades y a la imaginación sobre el porvenir. Lo anterior es imperativo en la condición de enfrentar el futuro que la periodista identifica como punto común entre el contexto que experimenta en los últimos años del siglo XX y el de sus protagonistas del siglo XVI. Es interesante notar que se trata aquí de dos momentos cruciales en la globalización: el que asiste a la Expansión Marítima europea con la consecuente formación de los primeros imperios modernos y la instalación

de un mercado global y de una división mundial del trabajo, a partir del siglo XVI; y el que da por asentado dicho mercado global, ahora financiero, y asiste a la intensificación del tránsito mundial de informaciones, al establecimiento de otras dinámicas imperiales y sus consecuencias culturales de tendencias homogeneizantes de fines del siglo XX.

En ambos contextos, escenarios simultáneos de la novela, el tema de la interhistoricidad se hace patente. En el primero se fundan las dinámicas entre diferentes pueblos a partir de relaciones jerárquicas de racialización, ilustradas en la novela por las narrativas de las mujeres españolas, indígenas y mestizas, evidenciando la coexistencia de diferentes historicidades que se encuentran y se chocan en el período de la Conquista. En el segundo, reverberan tales jerarquías, consolidadas y alimentadas a lo largo de cinco siglos, ilustradas por la mirada contemporánea del periodista español que, para asombro de la narradora, es incapaz de admitir cambios y transformaciones en las comunidades con las que se encuentra en Centroamérica, de ese modo ejemplifica la mirada cristalizadora de la cultura ajena como un proceso que la extirpa del suelo histórico y, por lo tanto, le retira la potencia de actuación y transformación.

La novela se hilvana, pues, en medio del encuentro amoroso entre sujetos de diferentes culturas (la periodista nicaragüense y el periodista español). Seis mujeres –tres españolas, dos naturales del continente y una mestiza– componen el núcleo narrativo de cada capítulo. De acuerdo con la organización de la novela, a continuación comentaremos cada una de ellas; en ese sentido, observaremos cómo aluden al tema de las relaciones entre diferentes culturas, la transposición de costumbres y valores, y qué perspectivas presentan de ese encuentro o “colisión de mundos”.

Isabel

La primera mujer del pasado, a quien da voz la novela, es Doña Isabel. Isabel de Bobadilla, la primera española que llega a “Tierra Firme”, desembarcó en 1514 como esposa del gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila. Junto a ella vinieron sus damas de compañía, formando lo que denominaba una corte propia. Ejerció el papel ejemplar de venir a “poblar y gobernar” este otro lado del mar (Aguilar, 1992, p. 15) y estuvo consciente de la importancia del rol que le fue asignado, al abrir paso para que otras españolas hicieran el mismo trayecto. Lejos de restringirse al ámbito de lo privado, figura como actor político en negociaciones con la monarquía española. Es representada como una mujer audaz, decidida y que sabe tejer políticamente las situaciones a favor de sus intereses.

En lo que concierne a su percepción de los tránsitos culturales, tiene una mirada que muchas veces guarda un tono crítico hacia los despropósitos de transportar costumbres ibéricas para estas tierras. Observa, por ejemplo, que los cristianos se deslumbraban con la desnudez de las naturales, pero que al final, por decoro, se acercaban a las españolas: “cubiertas con los pesados vestidos traídos a usanza de la Península, que aquí, por cierto, con el gran calor y la constante lluvia, estaban fuera de lugar, no eran prácticos además” (Aguilar, 1992, p. 20). En su narrativa, el vestir es un tema estratégico: desde la llegada al continente, Doña Isabel se dedicó a catequizar a las indias y a enseñarles el vestirse a la europea para que no se las mirara tanto y, con eso, fuesen menos violentadas. Se trata de una visión crítica hacia la actuación de los españoles en América. Junto con el vestir, también era importante que bautizaran a las naturales de la tierra, pues “así no se justificaban muchas cosas con el pretexto de que no eran cristianas” (Aguilar, 1992, p. 27). La ropa y la catequización asumen la finalidad de protección de las indígenas frente al acoso y la violencia que acomete a los conquistadores en este lado del mundo.

Al narrar el día de su llegada, se refiere a este como el “último día en que su esposo se mostraría como todo un caballero y como verdadero cristiano; que una vez desembarcado se convertiría en un hombre ambicioso, despótico y violento” (Aguilar, 1992, p. 16). De hecho, ese es el matiz que marca las descripciones de los hombres europeos como sujetos ambiciosos, violentos y que tan pronto llegan a Tierra Firme se alejan de lo que se entendía como valores cristianos. Lo provocador de esa perspectiva, no solo manifiesto en Doña Isabel sino también en los relatos de otras protagonistas, es que deja sobreentendido una caracterización de género en el modo bárbaro con el que se desarrolló el proceso de la Conquista. Al proponer la visita a ese momento histórico a través de personajes femeninos, la novela incita a imaginar la diferencia de perspectiva, acorde con la referencia de género, sobre las formas de encuentro con la alteridad. La actitud de la primera mujer española fue proteger, con las ropas y el evangelio, a las demás mujeres con las que se encontró. Protegerlas de la barbarie de aquellos que se “desvestían” de los valores cristianos al desembarcar.

En un momento de la narrativa, Isabel hace el ejercicio de imaginarse lo contrario de lo que pasó:

No perdía el sentido de humor y se reía, pensando, imaginando los papeles invertidos: a los españoles con ropas ligeras o con todo al aire invadiendo las playas, y a los indios, ya catequizados, vestidos con recato, escandalizándose por sus visitantes del otro lado del mar (Aguilar, 1992, p. 27).

La risa de Isabel, oriunda del incómodo “desorden” de la distribución inversa de vestidos, resalta la relatividad histórica del recato y del escándalo, pero también de la carga moral y civilizatoria de la invasión. Seis décadas antes de la publicación de *La niña blanca y*

los pájaros sin pies, en 1925, Oswald de Andrade escribía el poema *Erro de português*, en el cual se reúnen elementos similares a los que aparecen en el relato de Doña Isabel:

Quando o português chegou
Debaixo de uma bruta chuva
Vestiu o índio
Que pena!
Fosse uma manhã de sol
O índio tinha despido
O português (Andrade, 1992, p. 177).

El “sentido del humor” que Isabel no perdía, demostrado en la inversión de papeles que se imagina, y el que guarda el poema de Oswald de Andrade, se confirma en la desarticulación entre las vestimentas, el recato y la moralidad de la “civilización”, y las relaciones de dominación y superioridad naturalizadas por la narrativa de la modernidad. Ambos construyen, de alguna forma, imágenes heterotópicas que desafían la familiaridad de las relaciones históricas y sus justificaciones de tintes civilizatorios y modernos. Como señala Michel Foucault, si las utopías consuelan, las heterotopías inquietan (1969, p. 3). Su potencial reside, como muestra Jacques Rancière (2005), en provocar la apertura en el repertorio de posibilidades, sacudiendo el suelo en el que descansan el reparto de los papeles y lugares de una comunidad.

Luisa

Princesa de Tlaxcala, hija del cacique Xicotenga, Doña Luisa es la segunda protagonista retratada en la novela. Como La Malinche, forma parte de la estrategia de guerra de su pueblo. A fin de pacificar las relaciones y firmar acuerdos, es cedida por su padre cacique

a Hernán Cortés, quien la pasa al Adelantado de Guatemala, Don Pedro de Alvarado. Es la única entre las protagonistas del pasado que narra en primera persona (de hecho, en la novela de Rosario Aguilar, solamente Doña Luisa y la periodista, quien escribe sobre ella, hablan en primera persona). Además de ser un intento de pacificación, la unión entre Luisa y Pedro de Alvarado tiene por finalidad encubierta que ella pueda observar la naturaleza del amante, aprender sus modos y miedos, memorizar los mínimos detalles de sus armas y armaduras para luego describirlo a sus hermanos. Por un lado, le competía firmar la paz por medio de la seducción y, por otro, le correspondía escudriñar de cerca a los extraños seres que habían llegado por el mar.

Al ingresar en la narrativa, Doña Luisa trae consigo la existencia de otro mundo y de otra historia. Ella es, inicialmente, el puente entre esas dos historias y esos dos mundos. Transita entre ambos, pero gradualmente sucumbe en el universo en el cual pasa a vivir con el Adelantado. La condición para adentrarse en el mundo cristiano era negar su historia de origen:

Me llamo desde mi bautizo D-o-ñ-a L-u-i-s-a y tengo que comenzar por aprender a pronunciarlo...

Soy cristiana... qué simple...

Mi historia e identidad han comenzado un nuevo recorrido.

He aceptado convertirme al catolicismo, entrar a su cielo y no al de mis mayores, renunciar a mis creencias y costumbres y soportar el nuevo nombre cuando el mío es mucho más bonito. Luisa suena diferente, no significa nada hermoso y es difícil de pronunciar... No ha sido puesto por mis padres ni por mi destino, sino que el sacerdote de hábito oscuro lo escogió arbitrariamente... Pero sin esos requisitos no sería aceptada entre los invasores (Aguilar, 1992, p.53).

Después de bautizada, la princesa de Tlaxcala debe guardar su nombre, su identidad y la conexión con su pueblo en lo más profundo de su mente y corazón. Como la imaginación a contrapelo de Doña Isabel sobre las vestimentas, Luisa lanza una mirada de extrañamiento a los sacerdotes: “esos seres vestidos con tela gruesa y oscura, con extraños cortes redondos en los cráneos, cómicos, tanto que casi me da un ataque de risa” (Aguilar, 1992, p. 51).

La conversión es una condición para llevar a cabo la misión designada por su padre y su pueblo. No obstante, muy pronto Luisa se da cuenta de que su marido cristiano, de quien acaba enamorándose, no actúa conforme con los valores que dice tener su dios: “nada de lo que él hace tiene que ver con el Dios bondadoso, lleno de misericordia, que dicen” (Aguilar, 1992, p. 65). Esa inconformidad e incoherencia señaladas, desde los inicios de la Conquista, por el Fray Bartolomé de las Casas, es un tópico recurrente en las narrativas de las protagonistas españolas e indias de la novela de Aguilar.

Para llevar a cabo su estrategia de conquista, antes de ser bautizada como Luisa, ella y otras cuatro princesas fueron preparadas por las mujeres de sus pueblos:

En bellas y armoniosas danzas nos iniciaron en la expresión del sexo, y en el arte del amor.

Una argucia. La alternativa para el caso de que en las batallas no pudiéramos vencerlos; que esos seres extraordinarios que nos estaban invadiendo engendraran en nosotras doncellas de las clases gobernantes.

Mi padre Xicotenga y su aliado Maxicasa creyeron que era una manera cierta y segura de sellar las paces (Aguilar, 1992, p. 50).

Otra vez se manifiesta el contraste con el cual el universo narrativo de *La niña blanca y los pájaros sin pies* tiñe a mujeres y hombres: en los hombres tienen cabida las batallas;

en las mujeres, la seducción y el amor. La representación de formas de encuentro dirigidas por mujeres insinúa diferentes repertorios de embate y articulación. Si bien en un momento dado de la narrativa Doña Luisa reflexiona sobre haber sido usada por su padre y sus hermanos, sabe que fue apreciada y escogida para tal misión por su inteligencia, más que por su belleza. Desde las primeras escenas, es consciente de que cada gesto de su amante significa la destrucción de su gente. Y el mundo que guardó en el fondo de su corazón y de su mente, cuando fue bautizada, emerge en la misma medida en que a ella se acercan la locura y la muerte.

Un día Luisa sueña: “que ya le he convencido [a Pedro de Alvarado] de abandonar la guerra, la conquista y la destrucción de mi mundo” (Aguilar, 1992, p. 63) e indica que a sus hijos les enseñarán

cómo han de vivir
cómo han de respetar a las personas
cómo se han de entregar
a lo conveniente y recto
han de evitar lo malo
huyendo con fuerza de la maldad
la perversión y la avidez.

En nuestro mundo estas enseñanzas han sido el principio de todas las demás
(Aguilar, 1992, p. 63-64).

Cuando se acerca a la muerte, ya encerrada como loca por no hablar más el castellano y alabar divinidades de su cultura de origen, confunde pasado y futuro:

¡Pero qué alegría! Al fin después de tantos años mis padres y hermanos envían emisarios y guerreros para rescatarme del largo cautiverio.

Viene mi hermano mayor Xicotenga el joven... Igual que en aquella noche triste
cuando me rescataron de Tenochtitlán...

Si todo ha sido una larga pesadilla... (Aguilar, 1992, p.78).

En la pesadilla de la invasión y la Conquista, cabe resaltar la existencia de otra historia en el personaje de Doña Luisa, de un pasado previo que, como todo suelo histórico, está repleto de eventos y transformaciones. A ella también le corresponde soñar otro futuro, divagar sobre los caminos de una historia “que no fue”, dar permanencia a valores y enredos obviados con el desarrollo de una visión que deshistoriza a los pueblos exteriorizados de los referentes de la modernidad occidental.

El matrimonio de Luisa, la Princesa de Tlaxcala, con el Adelantado de Guatemala, Pedro de Alvarado, se formaliza en los cultos y tradiciones del pueblo indígena de la novia, conforme fue ordenado por el cacique Xicotenga, su padre. La unión nunca fue formalizada en una ceremonia católica: esto era imposible, dados los orígenes de Luisa. Años más tarde, ya con dos hijos de la unión mestiza, Pedro de Alvarado se casó ante la Iglesia católica con una mujer española, Doña Beatriz, tercera protagonista de la novela.

Beatriz

Entre las mujeres representadas, Doña Beatriz es la de menos altivez y autonomía. Su relato se relaciona sobre todo con los universos de la vida privada y de la introspección, salvo cuando delira que asume el puesto del marido. Tal delirio ocurre en el momento en que pierde la sanidad mental al enterarse de la muerte de su esposo, Pedro de Alvarado. Sin embargo, Beatriz tiene también sus opiniones sobre la Conquista y la relación con los indios:

Ella no desea nada malo para los demás, ni más guerras, ni dominios, ni conquistas. Que decía fray Bartolomé ‘que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos hasta que primero, muchas veces, hubieran recibido de ellos o sus vecinos muchos males, robos y muertes’. De su parte, que los españoles se entiendan con los indios y los dejen en paz, labrando sus tierras, adorando a sus dioses... que se guarden las espadas, lombardas y arcabuces (Aguilar, 1992, p. 105-106).

Una vez más, entonces, el vocabulario de las guerras, dominios y conquistas es desvinculado de lo femenino. A su manera de ver, la alteridad de los pueblos originarios no figura como impedimento para la convivencia pacífica. Doña Beatriz, aunque menos involucrada en los asuntos de gobierno y de la vida pública, no se exime de tener una visión crítica sobre las prácticas de la Conquista.

Leonor

Al casarse con Pedro de Alvarado, Beatriz se vuelve madrastra de Leonor, la hija mestiza del Adelantado español con la indígena Luisa. Leonor es la cuarta protagonista representada en la novela, la única mestiza entre ellas. Es también el personaje que da origen al título del libro, extraído de una cita de las *Crónicas Indígenas* de Guatemala: “y así que veían a esta niña blanca luego caían en tierra y no se podían levantar del suelo, y luego venían muchos pájaros sin pies, y estos pájaros tenían rodeada a esta niña” (Aguilar, 1992, p. 111). Una atmósfera divina y misteriosa la circunscribe. Es una especie de niña talismán que acompaña al padre conquistador: “Le abrían paso aún los más fieros enemigos. La protegían” (Aguilar, 1992, p. 115).

El aspecto de divinidad y los poderes de protección parecen ser oriundos de su naturaleza mestiza. “Mi hija creyente, buena, con lo mejor de las dos razas” (Aguilar, 1992, p. 114), dice Doña Luisa. Leonor muestra un aura divina tanto para indígenas como para cristianos. Su padre, “después de las batallas, la llevaba de paseo, guiando un inmenso caballo. Todos creían que era una aparición, una pequeña diosa, algo divino ante lo cual había que postrarse, adorar. La confundían con la Virgen, Madre de Dios” (Aguilar, 1992, p. 114). Al cargar la herencia de las dos culturas, *la niña blanca* era alabada por ambos grupos: “Todos se acercaban a conocerla, a tocarla. De los confines venían... Porque no era tan solo la hija de Don Pedro, a quien todos temían, sino la nieta del Gran Señor de Tlaxcala”, el gran cacique Xicotenga (Aguilar, 1992, p. 114).

El padre había querido educarla igual o mejor que una princesa de Europa, pero eso, considera Luisa, era inútil porque “¿cómo iba a ser igual cuando había presenciado y oído la lucha entre dos mundos?” (Aguilar, 1992, p. 117). Pedro de Alvarado salía con ella a las batallas: “La llevó con él exponiéndola a peligros, obligándola a presenciar muchos horrores” (Aguilar, 1992, p. 77). Leonor es, por lo tanto, no solo la unión de dos razas, sino también testigo de la colisión y lucha entre dos mundos. Aquello que le confiere un aspecto de poder y misterio es también lo que atesta los horrores de la destrucción y de la conquista.

De niña, acompañó una vez a su madre, Luisa, a Tlaxcala. Esta presenció, con lamentos, llantos y gritos, la destrucción del palacio de su familia, las ruinas de su pueblo abandonado. “Fue en ese instante que supo Leonor, se le hizo real, que había existido verdaderamente el paraíso del que su madre le hablaba” (Aguilar, 1992, p. 119). Leonor se veía también en esa destrucción: se daba cuenta de que esa también era su gente, “y que aquella había sido también su derrota, su dolor. Porque sin conquista, ella hubiera nacido princesa de verdad... ay, pero también pagana” (Aguilar, 1992, p. 120), pondera

la mestiza, que se encuentra frente a los interrogantes: “¿Quién era ella? ¿A cuál de las dos razas pertenecía realmente? ¿Cuál de las dos sangres que corrían por sus venas la dominaba? ¿Era su raza tan nueva que ni siquiera existía?” (Aguilar, 1992, p. 121). Surge, entonces, la relación con el momento fundacional representado por esa nueva raza mestiza y, a la vez, testigo de la violencia y destrucción que acomete las partes que la componen.

Ana

La quinta protagonista, Ana India, era también princesa (como Luisa) e hija del cacique Taugema, quien gobernaba algunos pueblos de la provincia de Nicaragua. Su narrativa empieza en un convento en España, desde donde le escribe a la reina para rogarle que la regrese a su tierra. Le cuenta cómo era la vida de su pueblo antes de que llegaran los españoles. Observa que esos llegaron con su Dios, al que su pueblo acogía, pero que luego quisieron más que bautizarlos: quisieron sus tierras y hacerles esclavos. Como Isabel, Luisa y Beatriz, Ana India también señala la incoherencia entre los mandamientos cristianos y las actuaciones de aquellos que decían seguirlos. En ese sentido, en un trecho de la carta que le escribe a la reina de España, Ana dice:

Nos gusta su Dios porque habla de amor y perdón, y a nosotros nos encanta el amor. Nos gusta su Madre, porque sabe consolar y tiene un manto protector. Aceptamos su religión, todo eso de ‘Adorar a Dios sobre todas las cosas, amar a tu prójimo como a ti mismo, santificar las fiestas, honrar tus mayores’. Nos gusta. Está bien. Nos parece que podrían vivir juntos en el cielo nuestros dioses y Dios Misericordioso y su madrecita tan linda, tan buena... Nos parece que a los que ustedes mandan, predicán todas las cosas hermosas de su religión pero no las cumplen...! Son [...] tan rudos y tan violentos! (Aguilar, 1992, p. 136).

En esa misma carta, Ana señala lo irreversible del choque entre culturas: “Todo se complicó querida reina. Nunca volveremos a ser iguales, ni ustedes ni nosotros” (Aguilar, 1992, p. 137). Con eso, señala la conquista de América como un proceso que impacta a doble mano, no solo en términos de transposición de riquezas, sino también de formación identitaria. Es interesante notar que Aníbal Quijano (2005) llama la atención sobre el hecho de que América y Europa se forman como las primeras grandes identidades modernas y que dicha formación se da justamente como resultado de la conquista y colonización de una por la otra, con todos los mecanismos que en ese encuentro se engendran de forma determinante para la formación de la propia modernidad.

“¿Cómo desandar lo andado, ignorar lo conocido, separar lo que se ha unido, purificar lo que ya se ha mezclado?” (Aguilar, 1992, p. 137), así continúa Ana India la misma carta. Se refiere al mestizaje en sus múltiples dimensiones, el cual empieza a delinearse como resultado del encuentro entre mundos. La princesa india evangelizada, tal como Luisa, atestigua la existencia de una historia que corría paralelamente en el continente antes de ser interceptada por la temporalidad ibérica. De alguna manera, ella representa la capacidad transformadora de esa misma historia cuando, al ser evangelizada, no pierde la perspectiva de los valores y formas de leer y relacionarse con el mundo, característicos del patrimonio cultural de su pueblo.

María

Por fin, la sexta protagonista de la novela es Doña María de Peñalosa, hija de Isabel de Bobadilla y Pedrarias Dávila. María ocupa el puesto de gobernadora de Nicaragua, como esposa de Rodrigo de Contreras, y se vuelve la mujer más rica y poderosa de todas las provincias. Como su madre, es una mujer altiva y perspicaz. Al igual que las otras cinco

mujeres cuyos relatos componen la novela, ella es un alegato de que la experiencia de la Conquista no se resume a un proceso de aculturación, sino de transformación, también, de los conquistadores.

Doña María, cuando se ve cerca de la muerte, empieza a rememorar: “Tantas cosas sucedidas... La tierra resultó que era redonda y poblada de extraños seres que ella había conocido asombrada: hombres y mujeres con diferentes colores de piel y hablando las más diversas lenguas” (Aguilar, 1992, p. 153). Esas tantas cosas sucedidas la transforman, de manera que se siente incómoda cuando vuelve a España y los peninsulares le parecen:

aburridos y arrogantes, porque aunque era verdad que los españoles imponían su religión, su lenguaje y costumbres en el Nuevo Mundo, poco a poco, imperceptiblemente, las cosas nuevas de Indias se fundían en las mentes y costumbres de los que andaban descubriendo, conquistando y poblando, lo que les diferenciaba de los que se habían quedado en la Península (Aguilar, 1992, p. 153).

Con lo anterior señala, también, el camino irreversible de una transculturación: “Con el tiempo, el modo de ser de esas criaturas [nativas del Nuevo Mundo] tiene que cambiar las normas de la Iglesia y las costumbres de Europa” (Aguilar, 1992, p. 159), reflexiona María. Como su madre, Isabel de Bobadilla, María observa el despropósito de trasplantar las costumbres ibéricas a Centroamérica:

Le parecía absurdo el protocolo que había encontrado en la ciudad porque no resultaba en estas tierras. Y los vestidos oscuros de cuello alto y mangas largas confeccionados en España, y que se les exigían a las esposas de los gobernadores

en las reglas que venían de la Corte; ya no decir las medias gruesas, oscuras, que no dejaban respirar su piel (Aguilar, 1992, p. 159-160).

Entonces, al igual que Isabel y Luisa, María percibe, por medio de las vestimentas que funcionan como una metonimia de la cultura, que no tiene sentido trasponer e imponer las reglas de Europa en América. Se da cuenta, como Ana India, que los dos mundos se transforman definitivamente después del encuentro. No obstante, lo que particularmente llama la atención en el relato sobre Doña María es el reconocimiento de la alteridad –“el modo de ser” de los naturales de la tierra– como potencia de transformación de las costumbres de Europa. En esa operación, se reconocen los saberes y haceres de los pueblos no europeos como factores de impacto y de transformación en una nueva organización mundial, la cual, a partir de 1492, se configura como la modernidad (Quijano, 2005; Grosfoguel, 2009).

Reimaginar el pasado para alentar el futuro

La inversión de papeles que se imagina Isabel; la perspectiva de Luisa, que narra la historia desde el punto de vista de quien forma parte de la estrategia de seducción de los conquistadores; la opinión de Beatriz sobre la convivencia consensual entre españoles e indígenas con sus culturas, religiones y modos de producción; la excepcionalidad mestiza de Leonor, que carga la herencia de ambas culturas y es producto de la guerra entre dos mundos y símbolo de una nueva raza; la percepción de Ana India de un camino de conquista sin retroceso para ambos lados involucrados; y la capacidad que tiene María de ver la necesaria transformación del Viejo Mundo, en el contacto con la “Tierra Firme”, componen una constelación de voces y narrativas sobre el momento fundador de la colonización.

Dicha constelación se forma a partir de mujeres que ocupan diferentes puestos de gobernadoras o princesas, por lo tanto, se extrapolan los límites del espacio de lo privado. Además, son mujeres que representan distintas matrices culturales. Matrices que, desde sus relatos, se abren a la transformación de los encuentros interhistóricos. Cinco de ellas se transforman en el contacto con la alteridad (Isabel, Luisa, Beatriz, Ana India y María); mientras que una de ellas (Leonor, la niña blanca rodeada por pájaros sin pies) encarna el fruto inusual, divino y poderoso de ese contacto: el mestizaje biológico, cultural y, al fin y al cabo, histórico.

Las seis protagonistas tienen en común la percepción de que el choque entre los dos mundos es definitivo y genera algo nuevo. También comparten la manera en que imaginan otros modelos para ese encuentro, a partir de la convivencia y del aprendizaje mutuo. Queda sugerido, desde la perspectiva del personaje de la periodista que escribe la novela y de la propia novela de Rosario Aguilar, que es una imaginación fundada en la sensibilidad y construcción de género. En ese sentido, coincidimos con Isabel Gamboa al afirmar que, independientemente de la intencionalidad de Rosario Aguilar al escribir su novela, ella construye representaciones que explicitan, “de manera realista y creativa” (Gamboa, 2008, p. 167), el imaginario sexista que rodea a sus protagonistas.

Por medio de la voz de esas seis mujeres, *La niña blanca y los pájaros sin pies* visibiliza no solo la presencia y actuación femenina en el momento histórico fundador de la Conquista, también sugiere formas de concebir la alteridad cultural desde lentes menos condicionados a lo “ambicioso, despótico y violento” (Aguilar, 1992, p. 16), lo cual parecía contagiar a los hombres españoles tan pronto desembarcaban en estas latitudes.

La novela de Rosario Aguilar confiere visibilidad, también, a las historias y temporalidades existentes en el continente, opacadas por la narrativa de la modernidad y el discurso teleológico y miope de un proceso civilizatorio excluyente y “epistemicida”

(Santos, 2009). Con eso, “reanuda el trazado de figuras interrumpidas”, en términos de Segato (2011, p. 25), y las articula con el presente en la medida en que los relatos sobre el siglo XVI parten de inquietudes de la joven periodista, contemporánea a la escritura de la propia novela. En un momento determinante en la reformulación de los proyectos nacionales, como lo fueron los años noventa en Centroamérica (en general) y en Nicaragua (en particular), revisitar el pasado con nuevas claves de lectura, dando luz a personajes silenciados y otras formas de interpretar e imaginar la memoria colectiva, fue una operación fundamental para la significación del presente (Grimberg Pla y Mackenbach, 2018; Ortiz, 2012).

Si nos preguntamos cómo la novela histórica de Rosario Aguilar guarda proyectos de futuro, necesitamos observar cómo se imaginan otras posibilidades para el pasado fundacional. En ese sentido, notamos un importante papel atribuido al mestizaje, tanto racial como en la formación cultural, y cómo, en las miradas no patriarcales de las protagonistas, se conciben formas no violentas de encuentro. De alguna manera, Rosario Aguilar desnaturaliza la lógica patriarcal que articula la violencia de la Conquista por medio de las brechas en las cuales emergen las voces de sus protagonistas.

La alternancia de perspectivas que minan los discursos naturalizadores de las jerarquías de género y raciales permite la emergencia de valores, los cuales alimentan imágenes de otras formas de convivencia. Entendemos, con eso, que la imaginación sobre el pasado fundacional al que se lanza la novela de Aguilar alienta la imaginación sobre el futuro y nutre el horizonte de expectativas de posibilidades alternativas. La propia forma de constelación en la construcción de la novela es una posibilidad que se separa de la concepción lineal de la historia y se reconoce como un campo de múltiples fuerzas y de múltiples voces. A partir de eso, se vuelve posible imaginar no solo el pasado, sino también un futuro, narrado por mujeres.

Pregam o fim do mundo como uma possibilidade de fazer a gente desistir dos nossos próprios sonhos” dijo Ailton Krenak, intelectual y activista indígena brasileño en sus *Ideias para adiar o fim do mundo*, “e a minha provocação sobre adiar o fim do mundo é exatamente poder contar mais uma história. Se pudermos fazer isso, estaremos adiando o fim. (Krenak, 202, p. 13).

Con esas palabras, Krenak ilustra la articulación necesaria entre los sueños sobre el futuro, es decir, el alcance del horizonte de expectativas, y el gesto de lanzarse a la imaginación de otras historias, ampliando el abanico de posibilidades en los tres ejes de la temporalidad: pasado, presente y futuro.

Si la mujer estuvo por mucho tiempo fuera de la historia y le fue relegado el espacio de lo que se entendía como privado y ordinario, por ende poco interesante para una historiografía centrada en los grandes hechos, Rosario Aguilar otorga voz y visibilidad a aquellas que también formaron parte del proceso de conquista y colonización. Se trata de un hito fundacional ineludible de nuestras sociedades contemporáneas, que aún cargan sus marcas en diferentes niveles de las estructuras de subjetividad, poder, saber y de género. Los procesos desencadenados por ese momento histórico repercuten en el presente de la escritura de la novela y resuenan en las proyecciones sobre el futuro que, desde el presente de la narrativa, se lanzan.

Asimismo, el gesto que evoca la relectura de ese hito desarma la operación deshistorizante a la que fueron relegadas las mujeres y las comunidades no eurocéntricas en el discurso de la llamada “modernidad occidental”. Con eso no solo se contribuye a una imaginación histórica que hace visible otras formas de sensibilidad y perspectivas

más inclusivas y múltiples sobre el pasado, también se alienta la imaginación sobre el porvenir que se articula, necesariamente, en la dimensión de historicidad; de ahí la pertinencia de abordarla a partir de la noción de interhistoricidad. En este sentido, la novela opera como un dispositivo biopolítico que interpela las formas de control sobre el cuerpo y la subjetividad femenina.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, R. (1992). *La niña blanca y los pájaros sin pies*. Editorial Nueva Nicaragua.
- Andrade, O. (1971). “Erro de português”. *Obras completas. Poesías reunidas*. Civilização Brasileira.
- Foucault, M. (1969). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI Editores.
- Gamboa, I. (2008). “Una niña que, sin pies, volaba. Crítica literaria feminista de una novela de Rosario Aguilar”. *Revista electrónica de Historia*. Universidad de Costa Rica.
- Grimberg Pla, V. y Mackenbach, V. (2018). “La (re)escritura de la historia en la narrativa centroamericana”. *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas: Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*, editado por Héctor Leyva *et al.* FyG editores.
- Krenak, A. (2020). *Ideias para adiar o fim do mundo*. Companhia das Letras.
- Meza, C. (2009). *Aportaciones para una historia de la literatura de mujeres en América Central*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Ortiz, A. (2012). *El arte de ficcionar. La novela contemporánea en Centroamérica*. Iberoamericana.

Quijano, A. (2005). “Colonialidade do Poder, Eurocentrismo e América Latina”. *A colonialidade do saber, eurocentrismo e Ciências Sociais*, editado por Edgardo Lander. CLACSO.

Rancière, J. (2005). *A partilha do sensível*. Editora UFMG.

Said, E. (2007). *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente*. Companhia das Letras.

Santos, B. (2009). “Para além do pensamento abissal: das linhas globais a uma ecologia de saberes”. *Epistemologias do Sul*, editado por Boaventura de Sousa Santos y Maria Paula Meneses. Almedina.

Segato, R. (2011). “Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial”. *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*, compilado por Karina Bidaseca y Vanesa Vázquez Laba. Ediciones Godot.